

En algunos números, no muy lejanos, de la Prensa diaria de esta ciudad se ha dado la noticia de que se tramita la concesión de los terrenos que rodean al Castillo del Rey o Castillo de San Francisco del Risco a nuestro Municipio, para su conversión en Parque Municipal, en pulmón de la ciudad, casi en pulmón de acero de esta urbe ayuna de árboles. Pocas ciudades he visto que, con las dimensiones y el número de habitantes que Las Palmas tiene, tengan tan pocos árboles, tan pocos parques, tan poco espacio dedicado a la naturaleza ni tanto espacio dedicado al culto y cultivo de la colmena de cemento.

Cuando abrimos un libro de nuestros escritores clásicos por una de las páginas que han dedicado a nuestra tierra y nuestras cosas, encontramos primordialmente los elogios a la feracidad característica del país, a su abundancia en aguas y árboles. Los viejos papeles del siglo XVI abundan en contratos, no de tala sistemática del bosque, no de roturación de nuevas tierras para el cultivo, pero sí de transporte de leña para la cochura de los azúcares en los ingenios, que también, en su mayor parte, utilizaban el agua como fuerza motriz. Agua y árboles, en fin de cuentas.

A fines de este mismo siglo o principios del siguiente, Don Bartolomé Cairasco aún se ufana de esta riqueza en unos versos que intercaló en su traducción de la Jerusalén Libertada de Tasso:

"Si aquí se corta un árbol es notorio
Multiplicar el tronco muchedumbre
Que arriba en pocos años al cimborio
De todos los demás, con igual cumbre"

Los ingenios desaparecieron bien pronto. ¿Qué razón ha podido llevarnos a esta penuria arbórea, a destruir no solamente los árboles que existieron inicialmente, sino también la muchedumbre de hijos y nietos de muchos de ellos? ¿Alcanzaba también la furia destructora a lo más profundo de las raíces, posibles generadoras de otros árboles?

Ya a principios del pasado siglo, Don José de Viera y Clavijo, en su artículo "Arboles", del Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias, nos ofrece una frase que no dudamos en calificar como verdadero "slogan": "NO CORTES UN ARBOL SIN HABER PLANTADO

ANTES DIEZ". Ya los árboles cortados no engendran muchedumbre; la furia taledora debía haber arreciado a medida que disminuía el número de ellos: en el "sprint" final de todas las carreras se perdió el Monte Lentiscal, y se perdió la mayor parte de la Montaña de Doramas. Hasta la tabaiba humilde, de lento crecimiento, ha desaparecido. Y hasta los tarajales... Se conservan aún, en el Llano de su nombre, ennegrecidos por el humo, sedientos entre tanto muro, sin que nadie se preocupe de darles el poco de agua que anualmente necesitan; de Maspalomas, San Agustín, Playa del Inglés están también desapareciendo los hermosos ejemplares que aún se conservaban.

Y sin embargo, una vez, hubo en Las Palmas un Alcalde... Don Antonio López Botas tomó en sus manos las riendas de una ciudad deshecha por los años, por la incuria, por los censos, por los mayrazgos y por el cólera. Una ciudad pequeña con callejuelas tortuosas, que apenas estrenaba, para respirar, el Puente de Verdugo, al que llevaba una calle estrecha y de donde salía otra de las mismas características, de tal manera que aún era centro y cuello de la ciudad, mentidero y parada, la actual plaza de Mesa de León, donde un árbol -¿por cuánto tiempo? - parece aún libre de las hachas destructoras; una ciudad cercada por los conventos de Santo Domingo, de San Agustín, de San Francisco, de San Bernardo, y en cuyo centro instalaban sus moles los de San Ildefonso y Santa Clara; una ciudad pequeña en que las calles más importantes eran la de los Canónigos y la del Colegio, las actuales de López Botas y Dr. Chil. Don Antonio López Botas puso los cimientos de nuestra ciudad actual, estrecha, sí, pero que no es ni sombra de lo que fue en épocas anteriores. Para pasar de un lugar a otro de la población, normalmente era preciso seguir una ruta determinada.

Derribos casi forzosos, edificaciones del mismo estilo, expropiaciones, forcejeos que duraban a veces cerca de veinte años, fueron su labor para lograr el embellecimiento de una población que era prácticamente una ruina. Obra de esos años fue el que aún podemos contar hasta dos docenas de árboles en el solar que fue de la casa de don Bartolomé Cairasco, luego convento de Santa Clara, como si el

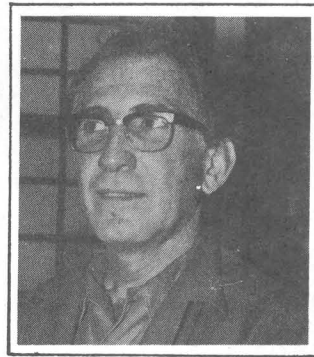
LAS PALMAS

espíritu del antiguo dueño hubiera inspirado su plantación después de destruído el convento y creadas Alameda, Plaza y Teatro.

Don Antonio López botas, pese a su deseo de ver edificada y embellecida la ciudad, mantuvo patente el deseo de que no se arrancase un solo árbol o arbusto; los solicitantes de solares mostrencos, cuando los pedían al Ayuntamiento cuidaban de afirmar que con la edificación de sus casas no desaparecería ni un solo tarajal o una tunera. Y los primeros guardias municipales paralizaban las obras si ello sucedía, sin embargo, ni en San Lázaro, ni en San Nicolás, ni en San Roque ni en el Lomo de Santo Domingo quedan muchas huellas de este cuidado por la pervivencia de estas especies.

Otros paisanos lo ayudaban en estas tareas. Por las mismas calendas, alguno regaló al Ayuntamiento las cinco araucarias traídas de Bruselas que se plantaron en la Plaza del Espíritu Santo. Cuando el Municipio le dió las gracias, ofreció las otras que esperaba de la misma procedencia. No sabemos qué habrá sido de casi todas ellas. Solamente una se alza al presente en la Plaza. No sabemos cómo, cuándo ni por qué desaparecieron las otras.

En 1868, don Juan del Castillo Westerling, "deseando aclimatar y propagar el cultivo de los árboles más propios de la localidad y trasplantarlos a las montañas que rodean esta población" solicita un solar de doscientos metros de lado, justamente en el sitio en que ahora se intenta hacer un parque: "sobre la montaña o risco de San Nicolás a partir por el Este y Sur del filo o aguas vertientes y cuyo punto se designa con el nombre de Plataforma Vieja porque allí existió una hace siglos y de ella quedan algunos vestigios". López Botas decreta al día siguiente que se oficie al Capitán General "para que se sirva manifestar si, como es de esperar no hay por su parte inconveniente en que se acceda a la misma por no afectar en nada al ramo de fortificaciones". Y aquí termina el expediente, quizá con silencio administrativo. No sabemos si se llegó al plantío, que según el peticionario, -y nosotros- "será de inmensos beneficios para esta población por todos conceptos y contribuirá eficazmente a los deseos y esfuerzos del gobierno de S.M.(q.D.g.)



**Joaquín
Blanco**

en propagar el arbolado".

Unos meses después, S.M. estaba en París y López Botas ya no era Alcalde. En 1870, habiendo alumbrado aguas en los Arenales de Santa Catalina, pidió al Ayuntamiento sucesor la concesión de un terreno para plantarlo de árboles que contuviesen los médanos. Los ediles nombran una comisión de entre ellos para estudiar el caso; uno de los tres se había significado como tenaz obstructor de toda la obra de adecentamiento de la ciudad; otro había propuesto al Ayuntamiento el abrir una investigación acerca del traslado y utilización de unas piedras del Guiniguada para intentar el procesamiento de López Botas. Evidentemente, se había nombrado una comisión para que justificara la negativa. La comisión alabó el plantío y al mismo tiempo que seguía concediendo solares en la zona, se negó a la solicitud declarando no mostrenca la zona. Los árboles plantados por don Cayetano Lugo serían los únicos, durante casi un siglo, que dieran sombra y un poco de verdor, al caminante que se dirigiera al Puerto de la Luz.

Y así estamos ahora: esperando a la esperanza, como dijo un poeta insular. Entre tanto, será necesario agruparnos bajo el lema de Viera y Clavijo y cambiarlo un poco, pues han cambiado los tiempos. Plantemos los diez y cuidemos los que tenemos.

Joaquín Blanco